

El populismo en la última década del XX

Alfredo Castillo Bujase
Marzo, 1991

“Los esclavos y los oprimidos se dieron cuenta de que eran impotentes ante los poderosos, ya fueran los ricos de su región o los conquistadores. Por ello, empezaron a confiar que las fuerzas divinas intervendrían para hacer caer el régimen que los empobrecía y los oprimía”.

L. VARCL. *De la historia del cristianismo.*

Invocación a las almas muertas

De todas las ciencias, la Historia es quizá la que menos conoce las determinaciones de sus desgarramientos, ocultas tras el azar y la libertad, la subjetividad y la arbitrariedad. Al fin de una época, el camino se presenta entrelazándose al borde de un abismo. Entonces la política, sus momentos, la guerra y la paz generan desechos inevitables.

Entre las épocas se traman puentes: cuando una fenece, el puente se vuelve ostentosamente visible y se viste de infamia, ropaje de la era que nace y rompe el cascarón del tiempo para aparecer sin memoria de la envoltura y sin preocupación por sus antecedentes. Esa apariencia en las relaciones políticas entre sus múltiples nombres tiene uno peyorativo, brutal, supuestamente correspondiente al temperamento y carácter de las individualidades en que se expresa: populismo, su nombre más difundido en el siglo XX, siglo en el que caben muchas épocas, a diferencia de épocas pasadas en las que cupieron muchos siglos.

El XX nace con el nombre populismo y va a extinguirse conservándolo, aunque en cada momento y en cada región del planeta, el populismo haya aludido y aluda a movimientos contradictorios que han

concluido en la desilusión, dejando apenas un resquicio de esperanza como *anuncio de otra realidad*.

En todos los casos, el populismo se alista a la destrucción ficticia de lo sacralizado. Induce a una impotente rebelión, propia de la disminución de las muchedumbres que congrega. A ratos su sola presencia atenta contra ciertas relaciones de propiedad, como un *réclame* para ejercer su guardianía. El caudillo iconoclasta, sustituto del gentío, actúa como espíritu de la masa, y desde esa disposición infunde un terror fantasmal a la intelectualidad de las capas medias, de los propietarios de medios, de las casi clases medias, del espíritu medio. Esta intelectualidad se siente afectada por esa imitación del pueblo. Y ya no podrá ver qué hay detrás de esas configuraciones que las sociedades exhiben con tanta frecuencia en este siglo.

El populismo va de una clase a otra, de una frontera a otra en sus nociones. Parecería que deambula de un tiempo a otro, recorre el espacio nacional sin verlo, festeja el destino de los adeptos y va configurando en una oscilación pendular aristas, lados, vértices que circundan supuestos escrúpulos. No obstante bastaría seguir el hilo del que pende esa figura para encontrar el poder.

En los países que tantearon el desarrollo o que lo conocieron, el

populismo se adosó a una reflexión económica, activó el romanticismo, proyectó una economía para sectores agrícolas y agropecuarios. Fue la expresión política, aunque lejana en siglos, de la fisiocracia. Sintió la fuerza y el destino que la producción imponía a los pueblos, previó en ella –en la que se daba en el campo– la raíz de un árbol que crecería y fructificaría en las ciudades.

Ese populismo fue el que floreció a finales del siglo XIX y murió a comienzos de este. Después, el mundo desarrollado conoció otras presentaciones: el culto a la organización monopólica, el militarismo como condición de una prolifera disciplina, el nacionalismo racista, la discriminación étnica como nociones de organización y jerarquías sociales.

Hay otro populismo, el del subdesarrollo, que se ocasiona no en los orígenes del capitalismo, sino en esta fase en la que en sus entrañas palpitan relaciones inéditas. Su pensamiento económico no rebasa la etapa mercantil; lo guía el principio que *nadie gana más de lo que otro pierde* y es imperioso ganar, ganar mucho. Entonces, la política es un arma decisiva para el negocio. Por esto el apoyo de los centros especulativo-financieros, sin importarles la premonición de la presencia populista, en fin, los negocios y “las ganancias son para ahora”, “la Historia es para mañana”, sobre todo en los premeditados productos de las empresas electorales, que hacen del populismo una carnada y del electorado, un pez cautivo.

El populismo es un testigo de sí mismo, de su propia superficie, en la que solo ve lo que convoca. De esta manera, en el Ecuador, ha organizado una alegre procesión de esclavos, no únicamente de pobres, porque en el subdesarrollo los esclavos pueden ser ricos y el espíritu de la esclavitud se

arraiga en las capas más poderosas de la sociedad sumidas en la riqueza.

Así se realiza la unidad de la miseria y la opulencia. Cuidar la integridad de esta pacífica fusión clama por la inconsciencia que va al paso de un discurso encantador, que condena el presente por los precios altos respecto del pasado, que convierte a la política en tribunal del crimen, que hace de la exposición penalista un suplantador del discurso de los intereses reales y que denuncia la historia del mal en sus adversarios, autores de tantas víctimas.

Ahora *las víctimas son almas muertas*, pobres y ricos, las que pensaron así o de otra manera y las que no alcanzaron a pensar; las que pudieron sentir la adversidad, todas las que, por culpa de sus antepasados, se quedaron en el campo, las que salieron a la ciudad, las que fueron echadas de la ciudad. Todas, las que no recuerdan, están, en ese instante, marchando, realizando su libertad. Es una marcha de la alegría, ya que el presente les pertenece por premonición y promoción publicitarias, como les pertenece el primer día del éxito electoral.

Al paso de esta procesión, el piso del “sentido común” se estremece. Este sentido común teme y cree ver fuerzas ciegas y violentas en esa marcha, en la que no descubre el colonialismo, la dominación, el subdesarrollo y el alejamiento de la producción, que convirtieron a todo el país en un mutilado, de cuyas perspectivas tampoco el sentido común puede dar cuenta.

En este rincón del subdesarrollo, esa procesión de la alegría que organiza el populismo proclama, con alguna razón, que aquí se ha creado un pequeño mundo de sobrevivientes de todas las miserias.

Y comenzó el pueblo del Ecuador

El Ecuador no nació espontáneamente: se fundó o, mejor, fue fundado después de gloriosas batallas, con una población que apenas rebasa el medio millón de personas en regiones ubicadas bajo cuatro grandes nombres, Sierra, Costa, Oriente y Galápagos (en ese tiempo no se nombraban las aguas territoriales ni el cielo ni el subsuelo y se apuntaba con el dedo, aún sin sustantivos, el espacio cósmico adyacente y la órbita geoestacionaria), que van a ser escenario de lo que bien podría llamarse un pueblo errante en un pequeño territorio. El drama migratorio de la población recorre las hoyas, los páramos andinos y la selva del Oriente. De las cumbres andinas se irán desprendiendo y multiplicando millares de hombres hacia la Costa que entonces aventajaba levemente el 12% de la población total, mientras en la Sierra se concentraba el resto.

El Estado surgió como una planta de un Poder enraizado en la tierra, que volvía prisionero, a campo abierto, al pueblo con el que se constituyó este principiante país. Se cultivaron y permanecieron las adivinanzas, los amuletos, las charlatanerías, los trucos, las supersticiones, los talismanes, los decires de buen y mal augurio, una especie de acusado quehacer errante como borrador de la existencia política que contribuyó a fundar esta Patria y que soñó de golpe su destino, en un espacio cada vez más reducido, desde 1830 hasta esta última década del XX, donde la demografía ecuatoriana aún exhibe un pueblo que busca, que divaga en magnitudes y porcentajes de difícil equiparación relativa en el Continente.

En cada sitio la población se incrementó en porcentajes distintos. Al extremo de que para 1990, la población

en la Costa rebasó el 50% del total; la de la Sierra giró descendiendo hacia el 45%; el Oriente ya cuenta su participación en un dígito y Galápagos, con el 0.1% de la población total, tolera la desproporción entre la población imprescindible para conservar ese memorioso rincón del planeta y su real perspectiva de crecimiento demográfico.

El recién llegado subsiste como tal mucho tiempo, mientras no exhiba alguna propiedad, el tiempo no pasa. Haber arribado ayer da lo mismo que si son 20 años ó 10 ó 5. El poblador es solo un inmigrante en su propia tierra a la que no termina de llegar. La propiedad que lo enraíza es minúscula, siempre puede ser arrancado otra vez.

Las contingencias de la evolución demográfica ecuatoriana se acentuaron y se acentúan más, si consideramos las mutaciones de las relaciones económicas. Migrar y transitar en el territorio ha sido menos visible que el paso de una a otra ocupación: de sembrar y cosechar, migrar a cardar, a tejer, a la manufactura, a la artesanía, frecuentemente a la desocupación y a la informalidad, hacia ese antro del intercambio donde el que ingresa no regresa nunca más. Los pobladores transitaron por el miedo, fugitivos de terribles condiciones sociales de discriminación, de miseria.

Aún cabría definir estos 160 años como la gestación de un sujeto más de la Historia universal que se llama el pueblo del Ecuador.

Irrracionalidad necesaria

Los pueblos y las naciones se sorprenden a sí mismos periódicamente, se expanden o contraen, conocen la esclavitud, el colonialismo, la derrota, la independencia y la paz. En nombre de la libertad, van cambiando y, en el paso de una a otra cualidad, se apodera de

ellos una naturaleza indefinida, de escasa iluminación: se desvanece un contenido en cuyas entrañas se prepara otro. Entonces la espontaneidad rebasa la conciencia y la subjetividad aparece como lo único objetivo, intermedio en el que un actor social indefinido se disfraza y ofrece el espectáculo de la nada en la historia. Entonces junto a sus contendientes escenifican lo reservado al teatro y todos sus géneros.

El populismo tiene muchos rostros según los años, los pueblos, las culturas. Alude a un hecho concreto, con significado universal. Esta universalidad se va convirtiendo en una categoría en la que se reflejan las transiciones ocurridas en la formación de los sujetos políticos. A pesar de toda la riqueza de matices previsibles o previstos, los “modelos populistas” tienen, hasta ahora, un elemento común: su incesante metamorfosis político-existencial. En el Estado si se opera alguna distorsión en la administración del Poder, solo queda el rastro del pasado, la solución es una: el golpe de Estado, el derrocamiento, la muerte, la crisis de una razón o la guerra. La causa nunca está en el populismo, pero éste hace las veces de ella.

El populismo esporádicamente desgasta una minúscula imitación de los procesos revolucionarios, va con los ascensos y ceremonias de los golpes de Estado y de los golpes electorales; se mece del fascismo a las aproximaciones reformistas y, no obstante, aún podría ser un elemento en la modificación del Poder en América Latina hoy, cuando los intereses continentales, bajo la hegemonía de Estados Unidos, tienden a reordenar el antiguo Poder oligárquico en su disputa por el mercado mundial. Este factor reconstituye las relaciones de Estados y naciones del Continente y ajusta la

función del populismo. Tal ajuste se orienta hacia un Poder menos ajeno a la producción en unos casos y, en otros, simplemente más cercano a los requerimientos técnicos de la economía.

Cada versión del populismo subdesarrollado está referida a una intuición política cuyo destino es una nación concreta. Sus caracteres los fija la composición social y la renovación a que está sometida.

En países subdesarrollados, los exponentes sociales que sufren mutaciones permanentes poseen rasgos populistas. Estos rasgos se han desprendido de esquemas doctrinarios, fervores jurídicos, fiscalías de la fe, fijaciones institucionales y se han juntado como una basura asignada a la industrialización. El carácter ilustrado o lumpesco de esta representación depende de factores secundarios, pero la causa principal del fenómeno populista está en la transición.

Las vicisitudes de la transición aportan a los partidos el atributo del mimetismo, que no es únicamente adaptación a cada circunstancia, cuanto –y sobre todo– autoprotección de ella.

El populismo ha pospuesto la racionalidad reque-teconocida de los intereses para acogerse a la irracionalidad. Ofrece lo contrario de aquello que ofrecían las viejas políticas, cuya desgastada razón agoniza junto su estupefacta lógica ante el apareamiento de la irracionalidad.

Una peculiaridad del populismo es su múltiple moral, no la inmoralidad, sino la ausencia de una constante desde la cual se comprenda la inestabilidad social y sus diferencias para destacar lo que justifica el quehacer de cada instante. La moral contemplada solo reviste la inmediatez sin antecedentes. Para el populista lo cotidiano sin historia es el ámbito de la política, son suficientes los

convencionalismos, la devoción por las virtudes de los vencidos y la comedia de la existencia política. Se diría que tal muchedumbre es un pueblo novato, sin serlo, desecho de pueblos viejos que huyen y que no saben con precisión dónde están, de dónde vienen ni a dónde van, porque no tienen posibilidad de imaginar una memoria más allá de cada una de las memorias individuales, del escape individual, medio en el cual todos terminan orgullosos de la supervivencia.

Cada vida es un tiempo excedente de una población excedente, un desperdicio lanzado a la economía informal que experimenta una vendetta redistributiva sin haberse disciplinado jamás por el trabajo productivo, que se ocupa en el toma y daca de un submercado de ilusiones, limosnas y migajas, como si el intercambio de chuchería por chuchería fuese la justicia misma y cambiar la vida por la muerte, la igualdad.

Prédica de corte

El populismo recorre una geografía donde se imbrican la ansiedad y la miseria de un sector de la población prematuramente envejecido, de multitudes que deploran la caducidad de sí mismas, que reclaman vivir un día más.

En esa desesperación se cultiva mejor el soborno, en el pueblo no. A un pueblo le corresponden la utopía, la esperanza y el interés, independientemente de si se dan o no las condiciones para su realización; a una masa social en formación le corresponde una concepción distinta de la supervivencia, la de la inmediatez que admite cualquier cualidad en pos de la existencia instantánea.

La versión más contratista del populismo incuba el delirio de crear un territorio propio, suyo y de nadie más,

donde no medie el pueblo, un territorio y masas federales, un paraíso.

Este federalismo, como negocio, alucina a la oligarquía, que codicia un Estado exclusivo, donde vivan ellos y los trabajadores, un pueblo-muchedumbre que aplauda, observe, pague, tribute, trabaje y consuma, que pida a Dios, que no cuestione, que obre en las demandas y las ofertas, una oleada grande que divague en ruidos – no en palabras–, sin voz, solo oídos, sin voluntad, aturdida por causas inmediatas y, lo mejor de todo, sin memoria. Son los desvelos del Poder especulativo.

Esa muchedumbre no tiene derechos, ruega por la gracia, el perdón y un caudillo que se encargue de hacer obras, obras que le pertenecen. Son milagros, el caudillo solo las hizo, las financió, las premeditó, las construyó. La masa no existe para su política, concurre para su discurso, y, desde el Estado, se la ve deleznable, que no es base de apoyo ni objeto de entrega, sino parcela del mercado de ilusiones, de la informalidad, de manejo tributario, de los precios de la tierra y la administración de justicia. La expectativa, que negocia el populismo, es siempre figurada ni siquiera se trata de una esperanza sino de una ilusión.

La exhortación populista que precede a su victoria se hace desde lo que el auditorio impone. Luego esta victoria se liga al Poder y no a él. Pero antes, la inconciencia y los premeditados decires publicitarios la concentran para escuchar lo que quiere: cambios de fortuna, sufrimientos de los dirigentes, la adusta seriedad de un mando moralista, disciplinado e inequívoco. La multitud arrebañada es convocada a depositar su voto por una fábula que deberá ser sustituida por los signos reales de los intereses reales, del ejercicio real, de la administración real del Poder.

Cualquier llamado al pueblo pretende educar a la masa en su identificación con el caudillo. Preparada así, carece de confianza en sí misma, actúa desde el fetichismo, su fuerza emana del individuo que hará el milagro, al que impulsa y enaltece. Frecuentemente lugares comunes –que son medias verdades– avisan que al electorado no le interesan los partidos sino los individuos y que estos no tienen otro atractivo que los atributos de su individualidad.

El individualismo que reproduce el caudillo, referido a la masa conservadora, invoca los prejuicios y los mandamientos dominantes en lo cotidiano. Es forzoso que la masa divulgue que él debe asumir la orientación del Estado, que su voluntad será el derecho, que la religión verdadera se identifica con él y que las esferas de la vida responden a su palabra, a la que dice frente al pueblo, no a las que escucha, obedece y acata de espaldas al pueblo, palabras inefables para el guía, que se acunan en otro templo y pertenecen a un dios distinto del que se venera electoralmente.

La imagen del líder esboza algo providencial y precipita la degradación política, si se trata de una premeditada imitación para instar a los votantes a una búsqueda mística de salida. En todo caso, el libreto de ese calvario y su papel principal se escriben exaltando las fantasías del electorado, multiplicando la candidez en la masa. Este avasallamiento asimila el electorado a un rebaño que nutre el matadero de los esfuerzos inútiles, de la inflación, desocupación, estancamiento, economía informal, subdesarrollo, mitología política.

Un discurso populista es heterogéneo, se adapta a cada región, a cada sector social. Esto acarrea fogosidades políticas que alimentan demandas regionales y anteceden a los

agudos enfrentamientos interpartidarios.

La ideología del populismo se mueve en los márgenes estrictos de la ideología dominante y destaca los extremos de esta ideología. En el firmamento de la irracionalidad, el péndulo de sus momentos va desde el pensamiento mágico supersticioso hasta el prejuicio de una supuesta racionalidad sostenida por la lógica de lo solo aparente. Detenta un remedo de la liturgia religiosa, gime por santones y apariciones: lo que es dinero acumulado, capital y bien usado, finanzas. Sus acciones especulativas son Poder y el Poder lo es casi todo, sólo falta repetirlo toda otra vez. En este contexto, las culpas se purgan y desaparecen, por eso los enemigos dejan de ser enemigos y los puros se hacen pecadores, los amigos se vuelven enemigos y luego el sufrimiento enmienda lo que la conciencia no admite.

Las condiciones de percepción de la naturaleza consagran la racionalidad y la irracionalidad. Transfieren a las ciencias naturales un cierto rigor lógico y la certeza de que por el camino descubierto continúa el movimiento de todas las cosas. Mientras a la Historia abruman con un exceso de irracionalidad, de insinuaciones ilógicas, de absurdos. Todas cualidades que pertenecen al proceso del conocimiento en esa fase de percepción donde se recrea la ideología.

La naturaleza política comporta la racionalidad, la apariencia de indeterminación y la irracionalidad. La irracionalidad aflora generalmente en un intervalo histórico y es una pausa en la razón de cada época, porque la lógica en la política se circunscribe al Poder en que se sustenta, Poder que es su condición de existencia. Y la irracionalidad es la ruptura de esta condición que abre paso a otro Poder

que la negará en nombre de su propia y superior lógica en un tiempo que, a veces, suma el de muchas generaciones.

La valoración sobre el populismo adviene de la lógica que fenece o de la que la historia gesta, porque el populismo es la irracionalidad ilustrada o bárbara en la que se consume el tiempo final del viejo Poder y es también la irracionalidad que usualmente remeda y pospone la necesidad del nuevo Poder. Siendo su atmósfera la totalidad, invade todos los intereses sociales manchándolos o adornándolos, inevitablemente, de populismo.

El populismo no es singular, es pluralidad que integra y asocia alicientes variados, que en la superficie exhibe la locura o la vileza en actores contradictorios, armoniosos o maléficos, opositoristas o aliados. Es un remolino y una inclemencia en las palabras, es una ansiedad concentrada, es el tiempo de la incertidumbre en todas las direcciones.

Siempre habrá una oportunidad para afirmar que el populismo no existe, que sólo es el drama de un grupo al que hay que liquidar electoralmente para circunscribirlo a la unilateralidad de una organización o tendencia. Así la transición y sus consecuencias políticas tampoco existen.

El populismo como miedo al futuro es una resistencia a leer nuestro presente y el inmediato pasado. En el Ecuador, el odio obcecado al populismo es la huella de una experiencia populista no criticada, que impide conocer sus funciones y cualidad sociales.

Universalidad de la transición

Es poco verosímil un país que, en los siglos del capitalismo, no haya conocido la aristocracia, el dinastismo y

la vulgaridad populistas. Es verosímil, aún más, un ámbito político donde la tardía aparición populista no haya precipitado reformas, donde las culturas y las agrupaciones no hayan cumplido una función populista en la maduración y el desate de una renovación del sistema. Los actores sociales en transición susurran al oído de distintas clases, pertrechan sus relaciones, imaginan convulsiones nacionales, exhiben la aptitud o estrechez del populismo sumándole adjetivos como democrático, fascista u otro cualquiera que lo acompañe en cada circunstancia. De aquí que el populismo no se reduzca a una condición subjetiva: su condición objetiva se desenvuelve en ausencia de una figura colectiva que defina sujeto histórico alguno, viene y se va como síntoma y no como hacedor de la transformación.

Cuando acaece una transición, una de sus manifestaciones es populista. Así fue en los grandes momentos del capitalismo, de la libre empresa al capitalismo monopólico. Y en los países subdesarrollados, de la colonización a la independencia y las obligaciones neocoloniales. Así fue en la Europa en los años 30, lo fue al terminar el siglo XIX en Rusia, el primer movimiento político "antinegocios" en los Estados Unidos, en los años 80 del siglo XIX, con su exigencia de control gubernamental de Wall Street, de los precios de la agricultura, de las horas de trabajo y de los jornales. Asia ha tenido muchos ejemplos de esa tipicidad y en África ha habido manifestaciones similares, tanto en los movimientos anticoloniales cuanto en la superación de las guerras tribales y los enfrentamientos antiétnicos.

La relación de la Segunda Guerra Mundial con la continuidad del populismo es importante. Tuvo líderes populistas que encarnaban intereses excluyentes de cada nación, en los

bandos diversos que estuvieron en disputa; ocurrieron transiciones entre las dos Guerras en la Unión Soviética, en Alemania, en Italia, en el conjunto de Europa. Esto influyó decisivamente en América Latina.

Los símbolos populistas han tenido en el desarrollo del capitalismo caracteres que fueron perdiendo el nexo con sus antecedentes y amontonándose en cada transición.

Las revoluciones de los siglos XIX y XX interiorizaron ciertas particularidades populistas, una variabilidad ideológica en la simbolización de los procesos de transición. Los lideratos irrestrictos, la perpetua representación individual son expresión de estas inacabadas apariencias en la historia. La abundancia de sus perfiles no suprime la regularidad de su función.

A más de ser un anuncio de la transición, el populismo es un fenómeno exterior y, a veces, fugaz en los procesos revolucionarios del siglo XIX y XX, exterior a los contenidos ideológicos y exterior a la naturaleza social de esos procesos, fenómeno configurado en calidad de síntoma del cambio de la totalidad.

La transición, que germina a partir de 1989, sumerge a la escena internacional en una bóveda con caracteres populistas. La guerra del Golfo Pérsico muestra a sus contendientes con signos contrarios o convergentes, con simulaciones de alianza o con atemorizadas declaraciones, en la imposibilidad de aquilatar un conflicto que no sucedió, como se dijo, entre Irak y las Naciones Unidas ni por la liberación de Kuwait, ni quisiera entre Irak y todos los aliados, ni su conclusión se reduce a la flemática gestión diplomática de algunos miembros permanentes del Consejo de Seguridad.

Esta guerra transparenta una fase del nuevo orden internacional en el

control militar del petróleo por parte de Estados Unidos. Se esfumaron en ella los espejismos de una Comunidad Europea independiente. Se trazó el destino de la política internacional para los próximos años. Se fijó un curso de dispersión para las naciones del agonizante Tercer Mundo. Japón redescubrió que no basta saber ni solo producir. Esas batallas fueron hostilidades anticipadas entre los aliados.

La ONU, la Comunidad Europea, la esperanza de un equilibrio han sido embalsamados para la negociación internacional y la ideología mundial; sirvieron para una arenga de extraña similitud con la afirmación de que la verdad histórica sólo es la prédica de la fuerza y la propaganda de los vencedores.

Irak fue destruido, las bombas no sólo llegaron a Bagdad o Basora: extinguieron su tiempo y dejaron gran parte de su futuro desolado. Esta guerra sumerge en la penumbra las relaciones internacionales, penumbra propia de toda transición, transición que comenzó en 1989.

Historia sin tiempo

La historia de nuestro país ha estado plagada de connotaciones evolucionistas, impregnadas de rasgos populistas bajo estilos matizados por el protagonismo de individualidades civiles y militares. El populismo creció y se extendió entre el pequeño propietario y la economía informal, apareció de los bajos fondos en el campesinado y se sumaron la volubilidad de las capas medias y las mafias que hicieron fortuna.

La tierra que fue un instrumento feudal se transforma en las urbes y en los sectores suburbanos en un instrumento desclasado. Los poderes locales, especialmente los municipios, se atrofian por asumir una *labor*

almáciga de preposiciones populistas.

Las cuasiorganizaciones por la tierra o en defensa de la tierra y los servicios alrededor de su conquista son un motor para lograr la mansedumbre de los desesperanzados.

El populismo de fines del XX en el Ecuador tiene una de sus fuentes en la desintegración del agro y la disolución de una corriente étnico-nacional en los centros a donde migran los indígenas y donde se estancan como poblaciones suburbanas y se avencinan como nuevos indios. La transición se cataliza, el mestizaje que surge en esas zonas es un indicio de las limitaciones para la emergencia de un sujeto social y de otros modos de vida de la sociedad; a la par, el populismo paradójicamente constituye el prototipo de la imposibilidad de construir una representación política propia de esos sectores de la población.

En un sector de los asentamientos suburbanos se restablecen relaciones interétnicas, puerta adentro se habla quichua. La lengua materna es distinta al idioma de la calle donde se mezcla con otras relaciones étnico-culturales. A veces en la ciudad se oculta la cultura quichua, el idioma, la pertenencia étnica y, por lo tanto, la política y el interés que realmente protegen. Los indios inmigrantes en su tierra, refugiados en el mestizaje, se vuelven clandestinos entre sí. Entonces se acude al populismo para vestir un antifaz, fenómeno propio de las etnias discriminadas, reprimidas y desconocidas.

Algunas tendencias populistas enfrentan la ambigüedad de su identidad social y se proveen ideológicamente de todo lo que encuentran. Quisieran hallar la superación en los actores sociales nacies, de los cuales alguno ha florecido con un discurso propio, el discurso indio, testimonio que enriquece la evolución de la nación

ecuatoriana. Pero este tipo de populismo de fines del XX está muy cerca, casi adherido al viejo Poder y se reduce a ver en los pueblos indios un mercado más, otro espacio de inversiones, otra contraparte de contratación y, en esta opacidad se hace más perceptible su carencia de identidad.

El pronunciamiento electoral por posiciones populistas es una manifestación contra la política gobernante, intuición que desde las propias masas podría reorientar el Poder bajo las actuales condiciones internacionales, en las que es imprescindible contar con el renacimiento de los pueblos indios dispuestos a decir en coro: “existimos a pesar de todo”.

La razón populista solo considera el presente y ese presente posee un sitio, un lugar que no ingresa en la cadena del tiempo. El tiempo político compete a una memoria, en la que realiza su racionalidad, pues el populismo hace del tiempo una sombra que tutela la existencia inmediata. El populismo posee aisladamente la razón de cada instante. Su ser se realiza en una amnesia contagiosa: pocos recuerdan alguna relación con él y, simultáneamente, borra la memoria de quienes lo vivieron. El populismo en el Ecuador, a más de insinuarse en todos los partidos, ha sido un espacio de alianza de todos los partidos, espacio que nadie recuerda ni quiere recordar. Sus huellas son apenas ruinas. Su novedad es posible gracias al olvido de hoy. Así, la intelectualidad media encauza una visión proteica y reductora del populismo, por sus temores y aversiones a lo que atenta contra la “racionalidad del sentido común” –no el de todos, que no existe, sino el sentido común de quienes están habituados a armonizar, como teoría, todo lo obvio–. El mundo –su mundo– debe unirse para enfrentar esta “peste suburbana”

de especímenes incapaces de pensar, de obedecer, de tener buenas costumbres. Para este sector, lo peor del populismo radica en lo pernicioso que concentra, cuyo paradigma mayor es el caudillo y sus sinrazones.

Para los intelectuales del Poder la irracionalidad es casi natural y posee suficiente distancia respecto a sus intereses reales, o suficiente contacto y control como para afectar la comprensión de su necesidad. La irracionalidad en el movimiento social ha sido, durante la evolución del hombre y hasta lo que vislumbramos, un medio y una ideología del ejercicio del Poder como lo ha sido también de la impotencia de las masas y las individualidades subyugadas.

La atmósfera populista y sus aspirantes

Los partidos políticos ecuatorianos poseen rasgos que los enlazan con el populismo. Las variadas comprensiones acerca del populismo, la relación premeditada o espontánea con esa evolución, la aprobación o la impugnación a ese fenómeno acopla diferencias y aproximaciones de los partidos. Las insinuaciones populistas están en el quehacer de las organizaciones políticas del Ecuador. Por esto adherir o repudiar inconscientemente al populismo son dos recursos de una misma afirmación, en tanto su negación es el único destino de la transición, que significa la presencia política de otros intereses sociales y la conciencia de su posible organización en un nuevo Poder.

Los sistemas políticos del Ecuador, superpuestos y envejecidos por la agonía de los procesos que los han procurado, se aferran al pasado, presienten, igual que el decadente Estado, en la condición populista externa y en las tendencias internas su propia agonía, dejan de argumentar

para especular diciendo lo que no puede ser, casi de manera ritual.

Las coberturas del Poder se han encarecido por la inflación y la transición y también por la elevación del precio impuesto por los sectores que amenazan al Poder con las ficciones reivindicativas con que atrapan al electorado, ficciones que cumplen un doble espejismo: encantan al tropel de “los pobres” y, por otro lado, preservan los intereses reales que no se anticipan en los anuncios electorales, pero que han de satisfacerse en el ejercicio de cualquier instancia del Estado. Así lo hicieron todos los gobiernos de la penúltima década del siglo XX: la Democracia Popular (DP), la Izquierda Democrática (ID), el Partido Social Cristiano (PSC) y sus acompañantes.

Ahora, las inversiones destinadas a producir exponentes políticos resultan de altos costos y de limitada eficacia económica inmediata. Su ventaja radica en la posibilidad especulativa, en la que el Poder realiza su naturaleza y ejerce una especialidad. De ahí que sea imprescindible en la estructuración del Estado, en la elección de sus dirigentes presupuestar el riesgo en el populismo; la certeza de la fidelidad inamovible del mandatario y la función protectora del discurso populista. Por todo esto, sus símbolos complacen tanto tiempo en vitrina y es tan lento su acceso al sillón presidencial.

En los países atrasados se diferencian, contraponen y separan el rol de los partidos, del papel de sus mandatarios en la dirección del Estado. El Poder se muestra indeciso ante el debut de siluetas de la política que enumeran lo que reitera la vehemente o apacible agrupación de colores atribuibles al populismo. Luego distingue que el populismo cambia y el Poder está con el cambio, allí encuentra sus mejores candidatos y jefes políticos y en su movimiento, la

catarsis de la desesperación que tanto reclama todo callejón sin salida.

La práctica real de los partidos ID y PSC confirman este fenómeno, en particular el segundo, cuyo abandono de cualquier vínculo doctrinario y su incorporación a la política mercantil hacen de la empresa electoral una gestión de incuestionable rentabilidad, más aún a partir del 17 de junio del 90, que acredita el éxito, argumento supremo ante los inversionistas.

El PSC fue siempre un partido del *establishment*, creció supeditado a un férreo apoyo populista como el de Velasco Ibarra a Ponce Enríquez. Doctrinario y con profundas raíces en demandas terratenientes, desde sus inicios fue subordinado por sectores de la exportación que en los años 50 disfrutaban del velasquismo, el liberalismo y el conservadorismo. El populismo no fue la naturaleza del socialcristianismo, pero en su gestión gubernamental, liderando el Frente de Reconstrucción Nacional, ya se presentó populista. Hoy el socialcristianismo opta por una alegoría populista, elemento de atracción del electorado y en favor de “los más pobres”, su control de grandes medios de comunicación hace que la opinión publicada en un electorado cautivo subrogue a la opinión pública, de ahí la importancia de algunos medios de comunicación como substitutos de toda reflexión. La muchedumbre y el individuo disperso se convierten en pared blanca sobre la que se proyecta lo que a bien tienen esos medios. Lo proyectado se define como propio de la muchedumbre y la opinión publicada como opinión pública.

El Partido Conservador, primordialmente por su pasado, tiene un nexos con la posición populista. Lo mismo podría decirse del Partido Liberal, cuya descomposición parece irreversible a pesar de su significación histórica.

Posee en su origen rasgos de causalidad populista los partidos Pueblo Cambio y Democracia, el Partido Pueblo y el Partido Roldosista Ecuatoriano (PRE), que se formaron ante la descomposición de la alianza del Concentración de Fuerzas Populares (CFP) con la Democracia Cristiana y el mesurado apoyo del Frente Radical Alfariata.

Del resquebrajamiento interno del CFP, retoñará uno de los referentes importantes de las dos últimas décadas, Jaime Roldós Aguilera, quien no alcanzó a hacer lo que de él se demandaba, pero en quien se imaginó la respuesta que la muerte le impidió ofrecer. La Democracia Popular alcanzó el pináculo gracias a que anidó electoralmente en el seno de esta tendencia del movimiento populista del Ecuador.

El partido Acción Popular Revolucionaria Ecuatoriana (APRE) como signo legal se ha rehabilitado con la presencia de un liderato inmerso en una mutación propia de la transición política.

Hay una presencia populista en la conducción partidaria y, sobre todo, gubernamental de ID. Incluso la tradición velasquista en el ejercicio del Poder se ha reeditado en los gobiernos de la última década, señal de una condición social, cuya impronta, como cicatriz o señuelo, marca la práctica política en todos sus niveles.

El Partido Liberación Nacional – quizás la organización más alejada de políticas populistas y, al mismo tiempo, dispuesta admitir las consecuencias de sus determinaciones– reconoce como una de las condiciones exteriores de su origen, su relación con un proceso que figuró encarnar la transición.

El Partido Socialista Ecuatoriano, en una de sus tendencias y en la percepción de un sector de su electorado, incorpora una conducta populista.

Todos los partidos y movimientos políticos al igual que la mayoría de las organizaciones e instituciones sociales y el Estado han experimentado en su seno el populismo. Alguna vez, al ser preguntado por las corrientes políticas en el Ecuador, Velasco Ibarra dijo: “aquí, señor, sólo existe el velasquismo, se es velasquista o enemigo de Velasco Ibarra, pero todo es velasquismo, lo único que cambia es el signo”.

Se elige a los elegidos

Las elecciones de 1990 revelaron elementos desudados del despliegue del populismo. El 17 de junio demostró que el populismo en el Ecuador es la atmósfera de la política que, junto al envejecimiento de las clases y sus organizaciones, marcha hacia una impredecible tempestad.

Los actores de la política ecuatoriana fueron violentamente conmovidos por la adhesión a un alegato populista que tuvo una base regional extendida a todo el país, y que en las elecciones de junio del 90 sobrepasó el 50% del total de los votos válidos.

Establecer la suma de los votos que ratifican posiciones populistas implica la imprecisión propia de los eventos electorales. Esta suma no sólo se integraría con las votaciones de los partidos que *a priori* son identificados como populistas: el CFP a base de su tradicional control regional, el PSC con su actual embebecamiento desde una dirección que no descifra nada de la doctrina del partido, el PRE y su providencial jefatura podría llegar a ser la más depurada faz del populismo cuyas promesas arrebatan a una porción del electorado. A ese subtotal se agregaría la votación del FRA y habría que añadir a ellas, a pesar de la ideología del elegido, la votación del PSE en la provincia del Guayas. En

esa suma caben, además, los votos de otros partidos. Quizás algunos podrían eludir circunstancialmente caracteres populistas, pero, en general, estos han estado presentes en todos.

La estructura de la población económicamente activa (y sus causas) en la Costa y el origen demográfico de su conformación han hecho de esa región la fuente de influencia y lujuria electoral de las políticas más acentuadamente populistas. De ahí que en la Costa la votación por los enunciados populistas haya obtenido el 66% de la votación válida de la región, mientras en la Sierra la votación que adhirió a esas posiciones alcanzó el 29%. Bajo la condición populista estos porcentajes integran posiciones políticas distintas.

El amontonamiento electoral en el Guayas, que inicialmente podía ufanarse de aportar al populismo el 80% de los pronunciamientos disminuyó, esta vez, relativamente. La fuerza del voto populista desbarató los linderos provinciales, respondiendo a los partidos o las políticas que llaman desde un conjunto de comunicación y un lenguaje fascinante para la masa. En la Sierra ecuatoriana el crecimiento del populismo se ve favorecido por la 'conversión' de millones de desesperados hacia esta fe electoral.

El discurso populista pasa por contrario a la conminación al sacrificio. Ofrece un paraíso sin fronteras ni árboles frutales, ni serpientes, con adanes, evas, abeles y caínes y con un elegido al que hay que elegir. En cierta forma, el populismo momentáneamente suprime la actuación política del pueblo para conservarlo exclusivamente en el escenario electoral.

En junio del 90 se aprobó la seducción electoral del populismo, su cualidad bautismal en la política ecuatoriana, en las decisiones y posiciones ideológicas, en las alianzas

y todas las prácticas de la sociedad y el Estado.

Ese 17 de junio mostró la expansión del populismo y una dilatación de esta esfera ante los ojos del individuo, aislado en intento de salir de la desventura por la magia contemporánea que ejerce la democracia electoral en el mundo subdesarrollado.

Multiplicar los panes o morir

La industrialización durante la primera mitad del siglo XX concibe diferencias abismales en América Latina. A partir de la Segunda Guerra Mundial se inicia un incipiente movimiento de homogenización y, para los años 90, es común la tendencia a la incorporación de todos en una media que corresponda a la participación del producto industrial en el PIB total.

En los avances tempranos de la industrialización latinoamericana el fenómeno del populismo se presentó en las organizaciones burguesas o nacionales e incluso en los partidos que se reclamaron obreros y que optaron por una significación excluyente de otros intereses nacionales, fenómeno espontáneo, pero catalizador, en algunos países, México, Brasil, Argentina y Chile, de un populismo basado en las masas trabajadoras, fundamentalmente obreros, ejecutantes del inicial vértigo industrial.

El anquilosado sometimiento de los Estados latinoamericanos ante Estados Unidos ha sido cuestionado y en ese instante, la misma nación del Norte, uno de los tres polos de la economía mundial, requiere para continuar "asociado" un mayor nexo con la tecnología en América Latina, capaz de armar el desarrollo económico de la región, nexos de la jerarquía y la dominación concernientes a los intereses nacionales

norteamericanos y al desarrollo desigual colectivo imprescindible para que Estados Unidos enfrente la tripolaridad del mercado y la economía mundiales desde este continente.

El atraso y las limitadas demandas del mercado que ha supuesto la estructuración empresarial en el Ecuador estaban trabados en una protección de doble función: buscaba, por un lado, mantener al sector industrial debilitado y, por otro, inmovilizar la subordinación a los requerimientos de auxilio a productos de baja capacidad competitiva, de alta absorción de fuerza de trabajo barata, de casi ninguna modernización técnica que convierta a la amortización en mecanismo de incremento de beneficios en desmedro tecnológico-estratégico de la empresa y, al mismo tiempo, que debilite históricamente a la economía ecuatoriana.

Para el sector especulativo-exportador, el proteccionismo fue un amparo de su hegemonía, vinculada a las finanzas a nivel mundial que imponen parcialmente su progreso tecnológico, hoy electrónico, y la funcionalidad con el sistema monetario internacional. Coincidentemente los sectores de la producción, a cambio de posponer su presencia alternativa en el Poder, obtienen excedentes bajo un proteccionismo que acuna el fracaso, que cultiva una explotación sin riesgos inmediatos, que arraiga la irresponsabilidad histórica del empresario. Tal alternativa de Poder, bajo condiciones de superación científico-técnica en la producción, es una necesidad que posee viabilidad práctica en el Ecuador bajo los actuales reagrupamientos de la economía mundial.

Las ideologías de esos dos sectores se corresponden en un juego curioso. El sector financiero clama por el libre cambio, por el libre flujo de capitales. El sector de la producción

rememora el proteccionismo y suspira por la intervención del Estado que eleve su competitividad mediante la reducción de la capacidad de los productos importados.

Los industriales mantuvieron mucho tiempo silencio ante este empantanamiento del Estado, pero hoy, cada vez más, pretenden transitar de la protección al financiamiento de la renovación empresarial. Esta renovación no se logró ni tampoco devino en factor que cuestionase la participación del Estado, sino a partir de la tirantez de las tensiones de la economía mundial que van evidenciando la vetustez de los procedimientos productivos en el Ecuador y políticamente, la responsabilidad del sector especulativo-exportador por su retraso. Es decir, el cuestionamiento se revela no sólo por la obsolescencia tecnológica, sino por una representación política no correspondiente con la transición que reflejan la economía y el mercado mundiales. El Poder especulativo quisiera ser una cárcel para el tiempo sin barrotes ni paredes, que de allí no salga ni un minuto que lo niegue.

En el Ecuador, el tránsito de un Poder a otro está desbordado por fenómenos y mutaciones de las nuevas agrupaciones de Poder, por configuraciones marchitas del viciado Poder especulativo, ideológicamente este tránsito se realiza en imputaciones, falsos optimismos, falsos pesimismo, uso descompuesto de la estrechez social que se fustiga con el nombre de populismo, recipiente en el que cabe lo peyorativo con que ciertas fantasías resuenan en los lamentos de la última década del siglo.

El proceso de mayor contenido que vive el Ecuador en este último decenio del XX es el tránsito de este

Poder especulativo hacia un Poder ligado a la producción, al desarrollo económico y la disputa por su control; esta es una de las consecuencias y la lectura más cercana a la realidad social, de las elecciones de junio del 90.

La producción como proceso de subordinación de todas las reivindicaciones a las demandas de su desarrollo, espontáneamente busca la ampliación y renovación de las estructuras sociales y, naturalmente, una ideología con más vínculos universales. Esta transición mundial proyecta claramente la tempestad social periódica y trasluce fenómenos políticos, para uno de los cuales el populismo es la denominación de lo que se esfumará después del espectáculo.

En la transición entre el pasado y su destino, hay un armazón que no es cualquier presente y que junta esos materiales tan desgastados, tan versátiles, tan dispuestos al mimetismo de la ilustración y la barbarie, tan sin obstáculos éticos, tan apropiados para ser el desecho del cruento nacimiento de una fuerza que dote al Estado ecuatoriano de otra estructura y funciones para empujar la economía nacional, cuyas fronteras sienten cada vez más su agonía, impuesta por las fuerzas motrices internacionales, por la hoy visible unidad militar de la economía mundial.

En una época cuyo verdadero nombre no ha sido pronunciado aún, no es posible escapar a la atmósfera de la transición. Hacia el XXI, la política ecuatoriana contará, más que hoy, con el ambiente populista en sus partidos político, en la divulgación de los intereses sociales, con la moral transitoria y las relaciones que impone el desalojo del viejo Poder.



Contenido:

<i>Invocación a las almas muertas</i>	<i>1</i>
<i>Y comenzó el pueblo del Ecuador</i>	<i>3</i>
<i>Irracionalidad necesaria</i>	<i>3</i>
<i>Prédica de corte</i>	<i>5</i>
<i>Universalidad de la transición</i>	<i>7</i>
<i>Historia sin tiempo</i>	<i>8</i>
<i>La atmósfera populista y sus aspirantes</i>	<i>10</i>
<i>Se elige a los elegidos</i>	<i>12</i>
<i>Multiplicar los panes o morir</i>	<i>13</i>